



Amanda Pedrozo



Página 22

(para Soledad)

El primer indicio de que algo realmente grave ocurría en la Tierra se confirmó con la declaración de las estadísticas internacionales acerca de la imposibilidad de abarcar el número de humanos renunciando a la práctica ancestral de mirar el cielo.

El cronista de la página 22 decía: «Nuestros parques se mueren. Ya no hay hombres boca arriba, viendo agujerearse de lumbres locas, profundas, las noches del universo». El periódico ponía de ejemplo a ciertos magos de Oriente, hace mucho tiempo, ancianos con los ojos acostumbrados a presentir estrellas, a seguirles el rastro sobre el cuerpo desnudo del espacio. «Tres de ellos -se leía-, estaban allí, vestidos dorados sobre sus nuca, sentados frente a sus tiendas, polvo del desierto resbalando centellas desde el lomo empinado de los camellos, el pensamiento embocado en el agujero que tiene que ver con el primer estado, cuando pasó. Un incendio. Luces cayendo como caldo caliente, grandes chorros salpicando amarillo sobre pelo y capa, brazos de los astrólogos prendidos como soles bifurcados. Así presenciaron el nacimiento real, el auténtico, mucho más que una mujer desprendiéndose las caderas en un quirófano. Hará dos mil años que a la humanidad no le nace un sueño igual. Sobrevive en este, que data del principio de los siglos».

Después vino lo otro. El drama de las luciérnagas. Las radios locales pidieron calma. Aseguraron que es muy cosa de la naturaleza inventar desórdenes para hacerse notar, explicación considerada razonable para aquella pérdida de orientación y el vuelo en círculos de los bichos, «un olvido de las rutas cavadas por los ángeles, para ellos, en los jardines», comentaba el de la página 22. [90]

A la semana de tantear sin resultado el aire comenzaron a caer sobre todo lo azul que encontraban: las avenidas, las minas de los bolígrafos, la fuente de la plaza de la Libertad, los techos de latón de los barrios pobres, todo terminó pareciendo porción de un firmamento hecho pedazos. El intendente urgió medidas. Reforzó la cuadrilla de camiones recolectores y mandó sustituir el cartel «BASURAS», por el de «LUCIÉRNAGAS».

Lo mismo que entonces, hacía cuatro años. De no haber sido por la indiferencia de la sociedad, más de uno se hubiese dado cuenta, recordado que pasó igual días antes que la familia Allende Delvalle se convirtiese en curiosidad pública.

El Crítico, periódico hecho famoso por las anécdotas de su página 22, dio amplia cobertura al caso. Ana Allende Delvalle tenía ojos blancos, pelo castaño. Nació ciega y sin uñas. Los dedos de sus manos y pies parecían filamentos rosados apulpadados, gelatinosos. Las enfermeras que atendieron a la señora Allende Delvalle comentaron a la prensa que el parto no presentó particularidad alguna, excepto que se hizo a luz de velas por la interrupción de la corriente eléctrica y la avería sin motivos del generador central del hospital, a la una de la madrugada de un veinte de marzo que olía a helados de vainilla y tarta de peras.

La bebida fue vista por los Allende Delvalle setenta y dos horas después de su nacimiento, ya advertidos de la situación, de la incapacidad de emitir sonido y de la hemorragia continua en los dedos de la criatura. La señora enfermó. Culpó a los genes del marido el haberle desbaratado sus ilusiones de mujer. Declaró a una revista de señoras que había soñado en un parque elegante, de esos instalados frente al Ministerio de Hacienda, luciendo una falda discreta, joyas de media tarde, blusa de seda y medias de nylon, todo combinado con una novela de Pacié y una niña de rizos afelpados durmiendo en un carrito cubierto de moños y frazadas rosas. Ensayaba agradecimientos a los transeúntes maravillados por la belleza de su pequeña.

La pareja se separó. Ella viajó, nunca dijo adónde. Él alquiló una casa perdida entre jardines, ventanas descomunales, un árbol [91] de pino que en Nochebuena llenaba de focos para que Ani pudiese oír el ruido de las guirnaldas peinadas por el viento, el pestañeo de las luces en su prenda-apaga incesante. También se volvió a enamorar. De la niñera, Sustituta, su cuñada, y desde entonces hizo lo posible por llevar una vida corriente.

La prensa se olvidó de ellos y el mundo también. Por cuatro años. Los signos de que el caso renacía fueron corroborados un día después del cumpleaños cuarto de la niña, cuando las luciérnagas terminaron de morir. Los Allende Delvalle despertaron locos de silencio, enfermos de una mudez terrible que siguieron tomados de la mano y maldiciendo el corte de luz, hasta el dormitorio de Ani.

El corredor estaba crecido. Las paredes negras. Sólo ellos. Sus pies volaban. No veían más que sus almas avanzando juntas. Por fin llegaron a la puerta. Estaba entornada. La luna, a la altura de la ventana. Inobjetablemente bella. Luz desteñida rebosando las placas de vidrio abiertas por el medio. Ani fue movida de la cuna. Estaba desnuda, jadeante, sus dedos sangraban como nunca, tenía el pelo mojado. Había sido violada. Eso insinuó la prensa.

Los dueños de casa atendieron a la policía, a los periodistas, al grupo de pediatras que a voluntad tocaban a la puerta, a los vecinos. Todos fueron recibidos, pero nadie vio a la niña. Además de sus padres, sólo el redactor de «El Crítico» que conocía el caso y en quien el señor Allende Delvalle buscó orientación como lo había hecho antes, cuando mediante sus consejos rescató a su familia de la publicidad.

Mientras esperaban por él, los Allende Delvalle leyeron a la pequeña su cuento preferido y le ubicaron en la frente besos minúsculos, de esos que se dan cuando no hay palabras, cuando nada alcanza. Después, los tres -el periodista había llegado- asearon a la niña, arreglaron el cuarto, prepararon té con leche y galletitas e intercambiaron miradas de auxilio cuando eran atrapados en circuitos de preguntas para las que, por supuesto, no tenían respuestas. ¿Qué había pasado? No lo sabían. Sólo protegían a la niña de exámenes médicos y miradas que no podían distinguir. El médico forense no entendió. Trajo orden judicial y mandó [92] levantar las vendas de los dedos de Ani. Los Allende Delvalle juraron no perdonarle el grito de horror que dejó escapar cuando los enfermeros cortaron las vendas. Había desgarró vaginal. La versión de ultraje fue confirmada.

La página 22 inició el enfoque del tema. Desmintió la violación. Argumentó: «La verdad se empeña en superar mensuras. Existe una subverdad creada por el hombre en su delirio de proclamarse Dios, subverdad al alcance de la especie humana, amputada en sí misma, mentirosa. La explicación de lo ocurrido el veintiuno podría empezar a buscarse en la falta de uno de los equinoccios (cada año debe tener dos), el de marzo, mes del nacimiento de la niña, y que justamente le faltó a aquel año. Por alguna causa, de los 365 días del año dos conceden igual tiempo de vida a la luz y a la oscuridad, como si hubiese una necesidad de equilibrio, de rozar dos bordes en proporción de intensidad. En ese motivo, en esa razón por encima de los hombres, podría estar la respuesta».

El juez del sumario ordenó el traslado de la niña al sanatorio pediátrico «Bernardita». Los padres se opusieron. Permitieron sí que el cronista publicase fotos del cuarto, de los juguetes, de Ani en un día de su vida. La página 22 se vendió como suplemento suelto, se fotocopió en las calles, se leyó en los barrios por parlantes alquilados.

«Sus dedos no sangran siempre. Sólo cuando algo importante pasa. Cuando la besan. Cuando Blancanieves se pierde en la boca del bosque y el mundo le queda tan grande, que se pierde también de sí misma, y todo la ve, lo que es malo porque el ser visto confirma la soledad. Entonces se llega a la parte en que de la nada aparece una casita con fuego en la chimenea y flores en siete botas echadas bajo una mesa que huele a pan de miel y melones, pero Ani ahoga sus ojos sin color en la almohada y los Allende Delvalle saben que la Blancanieves de su hija no puede salirse del bosque porque no sabe cómo se hace para correr, para dejar atrás la pasta pegajosa de la noche, para encontrar el claro donde está la casita y las camas que se tienen que juntar para que no

quede colgando un pie, una oreja, un gajo de pelo. Después llegan los enanitos y aman a [93] Blancanieves y la protegen por siempre porque aprendió a salirse del bosque».

Las fotos mostraban un dormitorio pintado de azul. Una cuna con barandas arrimadas a la pantalla de un ventanal. Osos, muchos, de franela, para que ella pudiese acariciarlos sin lastimarse. El acercamiento salió iluminado. Falla en la graduación del flash. Se distinguía la línea de un cuerpo asustado, las manos bajo una manta con dibujos infantiles. La estrategia tuvo el resultado esperado. La orden de internación fue retirada. Ani se quedó en su oscuro conocido.

El cronista de la página 22 siguió obsesionado con los equinoccios. Se carteó con astrólogos, con los magos que aún le quedan a la tierra, con una raza de ilusionistas jamás nombrada por orden de los gobiernos del mundo (temerosos de que la tendencia a volar que parece tiene esta gente, se difunda como posibilidad).

Obtuvo copia del mapa estelar del año en que nació Ani. Confirmado. Faltaba un equinoccio. Faltaban estrellas. Catorce. Una de las correspondencias que le remitió un observatorio espacial hablaba del nacimiento de las estrellas. Veintiocho por año. Si como creía, tenía relación con los equinoccios, catorce por cada uno de ellos. También le informaron que siete habían aparecido meses atrás en la bóveda, ¡puf!, sin que nadie hubiese estado allí para verlo, pues en la Tierra todavía se atravesaba la peste de no ver por encima de las cabezas. El cronista pidió a los Allende Delvalle que lo dejaran pasar la noche del veintidós de setiembre, segundo equinoccio de ese año, con Ani. No hubo objeciones. Sólo una. Ellos lo acompañarían.

Ani estaba linda aquel día. Sustituta le puso un vestido blanco, bordados de algodón en los puños, de pliegues amplios. Casi siempre era la niña la que prefería estar cubierta, pero esta vez no rechazó tenderse sobre el edredón, sus dedos como terminaciones abiertas por significados que el cronista supo entonces, fue elegido para conocer.

La obscuridad vino sin complicaciones. Ani rechazó sus alimentos. A las once, el corte de luz. El señor Allende Delvalle lo [94] supuso. Lo previno. El cuarto comenzó a perder seguridad detrás del movimiento de las luces de sebo espabiladas a los candelabros.

Ella iba a morir. Lo supimos no por la convulsión que le inflamaba las piernas, ni por la sangre que perdían sus dedos y manchaba el aire, ni por la caída de la luna hasta el recorte de la ventana. Lo supimos porque sus ojos tomaron el color del cielo, y, eso sólo les ocurre a los muertos. No pudimos acercarnos a la cuna. Una fuerza de exclusión lo impedía. Los Allende Delvalle se abrazaron. Ani dejó de sudar. De temblar. Algo que ya no era ella se movió bajo su vestido. No se podía creer. Pedacitos de luces volando, subiendo hasta los vidrios, gateando sobre la falda de la luna, montando siete cabritas que felices cargaban a las recién nacidas. Ani, luz y sombra en partes iguales, equinoccio, misterio de una naturaleza que tiene sus miembros contados, que se cura a sí misma. Siete estrellas fueron paridas por una madre en carne viva. Lectores míos: Salgan a la calle y vean el cielo. Los hijos de Ani tienen sus ojos».

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

